

Flujo de conciencia

A un semestre de graduarme de historiador visité la casa de mi abuelo Mardoqueo.

Él nació ahí hace 91 años, cuando la casa era de bahareque, la misma que resistió veranos e inviernos, pero que fue sentenciada a descansar en el pasado para dar paso a una de adobe, paredes pisadas, teja de barro y ventanas rectangulares.

Al salir de la cocina se ve en línea recta la iglesia de Sotaquirá, de vestido blanco y bonete rojo.

Frente al altar mayor, hace tres años fue la última vez que vi a mi abuelo por entre el vidrio de su ataúd.

Quería yo que me acompañara a mi grado en la UPTC pero no se pudo. Su desaparición implantó un emocional relevo generacional.

Hasta el día de su muerte, él fue una poderosa significación del valor de la palabra y la solidaridad. Parecía un hombre mandado a hacer para el trabajo duro. Como buenos sotaquireños, mujeres y hombres eran similares en la tenacidad para enfrentar las dificultades.

Sin embargo, en su conciencia mi abuelo tenía un lugar de tenue luz donde escondía recónditas venganzas partidistas. Desde los cuatro años de edad tuvo que salir huyendo una y otra vez, agarrado de la mano de su mamá para huir de los machetes y los puñales de las gavillas contrarias.

“A nosotros nos corresponde convertir aquella crueldad en historia. Nuestras manos deben estar alejadas de las armas”, nos decía el profe JG, en la UPTC.

Llegamos pasadas las once, por entre los rayos de sol que nos perseguían sin compasión. Mi padre, Guillermo S., le llevaba a mi tía Tránsito un pan grande y una libra de chocolate. Esa vez, por recomendación del abogado encargado del juicio de sucesión, le agregó un ponqué y una botella de vino.

Recién pensionado del ministerio de justicia, a mi padre se le veía poco en la finca, resultando un hombre de precarios recuerdos durante ese viaje académico. Mi tía le ayudó a rescatar el nombre de las yerbas aromáticas que él maceraba para llevarlas a la nariz. Mantuvo entretenido, alborotando los recuerdos con florecitas de nardos perfumadas.

Se le borraron también las buenas costumbres y la percepción de la estética primaria, quedando de él un pobre hombre, zombi por entre la majestad del paisaje de Sotaquirá.

Por debajo de cordillera sale un tapiz de tonos verdes que se extiende por colinas tranquilas y el valle de las haciendas. El cerro de Siome, pretensioso soberano, vigila desde lo alto los cuatro puntos cardinales.

De un baúl de emanaciones que le hicieron estornudar, mi padre sacó la escritura de la finca. Sin soltarla de la mano se detenía a leerla y releerla, mientras yo seguía hurgando con mirada de arqueólogo insignificante resquicios de historias escondidas.

Aunque mi tía Tránsito le preparó de almuerzo un plato de “indios sotaquireños”, sus palabras siguieron escondidas. La nostalgia lo mantenía acorralado.

*Yo quisiera ser zapato
Y calzar tu lindo pie.
Pa´ mirar de para´riba
Lo que tu zapato ve.*

El sentimentalismo tenía fuerza de peste aquella tarde. De nada valió la copla de su hermana. Ella lo conocía, pero no tanto. No pudo hacerlo reír.

*Nuestra señora del Amparo
La que vive en Chinavita.
Cuando va'hacer sus milagros
Se pone coloradita.*

Por lo menos una sonrisa. Pero no: le devolvió la hojita amarillenta a mi tía Ana Tránsito.

Él mismo amontonó en el piso las cosas que a su juicio me servían en mi proyecto de historiador. Las miró afligido, soportando el suplicio de la conciencia porque hubiera podido ser un mejor hijo:

Una silla con estribos de cobre y unos zamarros le servían a mi abuelo para ir a galope tendido por las veredas reafirmando su estirpe. Hacía cabriolas con su caballo alazán los domingos en las tiendas, para retar a sus enemigos políticos.

Una fumigadora impregnada de insecticidas apestosos que derretían los pulmones. Mientras crecían sus hermanos, de adolescente mi tía cargó esa fumigadora días enteros para defender las cosechas.

Al piso cayó con desprecio de las manos de mi padre un cinturón de cuero negro, ancho y pesado, con mil alvéolos de punta a punta que servían de cartuchera. El par de hermanos se miraron.

Lo que yo hacía era para defenderlos a ustedes.

Ella alcanzaba a recordar que su padre afirmaba eso.

“Esto es de Guillermo”, decía en la bolsa de la cauchera, los mararayes, cuatro canicas de cristal y un trompo amarillo, estropeado.

Tenga Alexander le regalo: me dijo mi padre.

Luego se retiró a la orilla del patio, y de un violento puntapié elevó un frasco plástico que desparramó las flores de un ciruelo.

Vendrán mejores tiempos. O peores... no se sabe.

Sotaquirá vendrá a ser más nacional. Le respondí a ella. Tradiciones y fraternidad son semillas espirituales que toca volver a sembrar.

Aunque el horizonte de la ecológica prendió las luces anaranjadas, todavía somos posibilidad.

Héctor Ramiro Pérez Peña